

CONDICIONANTES DE LA RIVALIDAD  
ECONOMICA DE LAS GRANDES POTENCIAS EN AMERICA DEL SUR, 1870-1913

*Raúl Federico Abadie-Aicardi*

*INTRODUCCION.*

Rebasaría la intención y las posibilidades de este trabajo el hacer un análisis integral y pormenorizado de los diversos factores y de las características generales del ascenso de las potencias del hemisferio norte, así como de sus implicaciones en la problemática del vértice meridional de América, entre las tres décadas finales del siglo pasado y la primera del actual (quizá podría precisarse el período estableciendo dos límites de 1870-73 y 1910-13).

Lo que se pretende, fundamentalmente, es subrayar los elementos de un proceso de desarrollo económico en la medida en que incidiría sobre el crecimiento interno y las relaciones de poder en dicho vértice sur americano.

Nos apoyamos en una serie de cuadros que hemos elaborado tomando, cada vez que ha correspondido, como unidad monetaria a la libra esterlina, eje de la vida económica del período a considerar.

*I — EL EXPANSIONISMO DE LAS POTENCIAS.*

*I.1 — El movimiento coyuntural.*

La mayor parte del período que nos interesa se halla dentro de la fase descendente del segundo «movimiento de onda larga» de los detectados por el economista ruso N.D. Kondratieff en 1926 (1). En efecto, dicho segundo movimiento — extendiéndose durante casi medio siglo, de 1849 a 1896 — tendría su fase descendente en el lapso 1873-1896.

En cambio, los últimos años del siglo pasado y primeros del actual ya se ubican en la primera fase, ascendente, del tercer «movimiento de onda larga», extendido desde 1896 a 1926.

Dentro del período que nos concierne, coincidiendo con la fase descendente del segundo movimiento Kondratieff, encontramos el siguiente movimiento cíclico: fase descendente (1873-1876) del ciclo 1865-1876, ciclo 1876-

1885 y ciclo 1886-1896, con sus respectivos puntos de crisis en 1873, 1882 y 1890. Luego, coincidiendo con el tercer Kondratieff, se ubica el ciclo 1897-1908, con su punto de crisis en 1907 (2).

La fase depresiva de 1873-1896 se manifiesta, por de pronto, por la tendencia bajista de los precios. Tomando el período 1901-1910 como índice 100, Gino Luzzato brinda esta evolución: 1873: 152; 1879: 113; 1880: 120; 1889-91: 98; 1894: 86; 1896: 83 (3).

Sin embargo, esta tendencia bajista coincidió con una coyuntura alta y fuertes inversiones, contradicción que se explica por el avance de la racionalización y las modificaciones de la estructura capitalista, que abatieron costos y permitieron obtener buenos dividendos. La abundancia de capitales redundó en la baja del tipo de interés. Como un ejemplo de la mejora cualitativa registrada puede recordarse el ejemplo del cobre, que aumentó un 22% su rendimiento entre 1880 y 1900.

### 1.2 — Las migraciones.

Entre 1850 y 1913 el total de la población mundial subió de 1.186 millones a 1.723 millones y paralelamente se registraron intensos movimientos migratorios que beneficiaron especialmente al continente americano.

Entre 1878 y 1914, a sea durante la denominada «segunda oleada» migratoria, Europa volcó hacia las Américas unos veinte millones de personas, a un promedio anual creciente: unas 250.000 hacia 1878, 750.000 hacia 1890, 1.000.000 hacia 1900 y 2.000.000 hacia 1913 (4).

Aun así, por crecimiento vegetativo, Europa pasó de 266 millones en 1850 a 468 millones en 1913 (un aumento del 75%); por crecimiento vegetativo e inmigración Canadá y Estados Unidos pasaron de 25 millones a 108 millones (un aumento del 330%) y América Latina de 33 millones a 82 millones (un aumento del 148%) (5).

Este último dato nos concierne muy especialmente, pues en América Latina el gran favorecido por la afluencia de europeos fue el vértice meridional, con cifras que se indican en el Cuadro I:

Cuadro I — PRINCIPALES PAÍSES AMERICANOS RECEPTORES DE EUROPEOS, POR DECENIOS, DE 1871 A 1910

País:	1871-1880:	1881-1890:	1891-1900:	1901-1910:	Total:
EE. UU.	2.812.000	5.247.000	3.688.000	8.795.000	20.542.000
Argentina	261.000	841.000	648.000	1.764.000	3.514.000
Brasil	219.000	531.000	1.144.000	691.000	2.585.000
Uruguay	95.000	75.000	42.000	136.000	348.000

Fuente: Ashworth p. 186; Narancio y Capurro pp. 183-190 (ver Bibliografía)

Ciertamente, ni por sus países de origen ni por su nivel social la gran mayoría de esos inmigrantes podía contribuir consciente y directamente a un mayor influjo de las grandes potencias. Pero a esta afirmación se le puede oponer una excepción que merece ser mencionada: la inmigración alemana al Bra-

sil meridional. Porque en este caso se trataba de grandes contingentes oriundos de una de las grandes potencias y porque ésta proclamó abiertamente su disposición a beneficiarse con esa implantación de sus nativos en suelo brasileño. Sobre todo a fines del período que nos concierne esa colonización alemana pareció tan estrechamente ligada al expansionismo alemán que despertó desconfianza y temores, a veces intencionalmente exagerados. Citaremos un solo ejemplo a este respecto. En 1907 el conocido proteccionista Méline escribía en la «Fortnightly review»: «La conquista pacífica de Brasil por Alemania parece ya no ser más que una cuestión de tiempo. Es una convicción de los propios alemanes, que no se preocupan siquiera de disimular sus intenciones definitivas. Estas nos son reveladas por un escritor que es toda una autoridad, el señor Gustav Schmoller, profesor de economía política en la Universidad de Berlín, quien escribía en 1902: «Debemos, cueste lo que cueste, lograr que en este siglo se forme en el sur de Brasil una región germánica de 20 a 30 millones de alemanes». La fuerza absorbente del elemento alemán ha llegado a ser tal que los infelices brasileños, que se ven lentamente expropiados y desposeídos, ya no tienen el coraje de la resistencia...» (6).

### 1.3 — Aumento de la producción.

Una serie de mejoras técnicas, la racionalización de la estructura empresarial, la actividad bancaria, la concentración de capitales y la disponibilidad de abastecimientos, fueron factores del acelerado crecimiento de la producción mundial, cuyo aumento puede apreciarse en el siguiente Cuadro II:

Cuadro II — AUMENTO DE LA PRODUCCION MUNDIAL, 1850 A 1910  
(EN TONELADAS)

Matéria:	1850:	1890:	1910
Carbón	100.000.000	474.000.000	1.059.000.000
Hierro	4.200.000	27.800.000	66.100.000
Cobre	57.000	275.000	903.000
Plomo	175.000	600.000	1.140.000
Estaño	10.000	61.000	117.000
Oro	54	178	685
Petróleo	67.000	10.314.000	44.093.000
Caucho	1.400	27.000	80.000
Café	200.000	5.300.000	12.500.000
Trigo	45.000.000	27.500.000	1000.000.000
Algodón	500.000	—	4.800.000

FUENTE: Pommery, Malleit, Lesourd & Gérard (ver Bibliografía).

Interesando subrayar algunos aspectos de la posición individual de las principales potencias en el proceso productor del periodo, nos basamos en Ellsworth (7) para llegar a las conclusiones expresadas en el Cuadro III:

Cuadro III — PARTICIPACION DE LAS POTENCIAS EN LA PRODUCCION INDUSTRIAL MUNDIAL (EN %)			
(País:	% en 1870:	% en 1896-1900:	% en 1913:
G. Bretaña	31,8	19,5	14,0
EE. UU.	23,3	30,1	35,8
Alemania	13,2	16,6	15,7
Francia	10,3	7,1	6,0
Otros	21,4	24,7	28,5

Fuente: Ellsworth (ver Bibliografía)

Lo que más llama la atención es el fuerte incremento del porcentaje de los Estados Unidos, lo que llevará a este país a un holgado primer puesto en víspera de la guerra de 1914. También es llamativo el aumento del porcentaje de Alemania, que le permite a ésta superar a Gran Bretaña.

Aun cuando un exceso en este sentido signifique mutilar la descripción de una realidad un tanto más compleja, recordemos que se señala que la clave especial del crecimiento de las grandes potencias ha sido distinto: en el caso de Alemania, sobre todo el esfuerzo de racionalización tendiente a elevar la eficacia al máximo posible, dice Landes (8); en el caso de los Estados Unidos, la disponibilidad de un gigantesco mercado interno en formación y en el caso de Gran Bretaña una resuelta dedicación al comercio exterior, afirma Lewis (9).

El crecimiento de la producción varía en su ritmo según de qué potencia se trate, pues cada una de ellas vivió algunas peripecias históricas originales y, también, según de qué lapso tomemos en cuenta dentro del periodo que nos ocupa. Esto es importante para evaluar comparativamente el crecimiento de cada una de las potencias y entender mejor los fenómenos de rivalidad o de acercamiento entre ellas.

El Cuadro IV expone el proceso de aumento de la producción de tres elementos básicos como lo fueron el carbón, el hierro fundido y el acero. Comparaciones de subperiodos sacarían a luz diferencias de ritmos, a sea «velocidades» del crecimiento de cada potencia.

Cuadro IV — PRODUCCION COMPARADA DE CARBÓN, HIERRO FUNDIDO Y ACERO EN 1870-1913 (EN MILLONES DE TONELADAS)				
Año:	Carbón			
	EE.UU.	G.Bretaña:	Alemania:	Francia:
1870	42,0	117,0	29,0	12,5
1880	64,8	147,0	47,0	18,8
1890	143,0	184,0	70,0	25,0
1900	244,0	225,0	109,0	30,0
1913	517,0	292,0	273,0	40,8
Año:	Hierro fundido:			
	EE.UU.	G.Bretaña:	Alemania:	Francia:
1870	1,7	6,7	1,3	1,0
1880	4,0	7,7	3,6	1,7
1890	9,2	7,8	4,1	1,9

1900	13,7	9,0	8,3	2,6
1913	31,0	10,2	16,4	5,1
Acero				
1870	0,04	0,24	0,14	0,09
1880	1,2	1,3	0,7	0,4
1890	4,3	3,6	8,5	0,8
1900	15,6	5,0	7,0	3,6
1913	31,8	7,7	17,0	4,6

Fuentes: Day, Helfferich, Lesourd & Gérard, Vázquez Prada, Friedlander & Oser, Pommery, Maillet, Martínez, Jones (ver Bibliografía)

#### 1.4 — Aumento del intercambio.

El crecimiento del comercio internacional desde mediados del siglo XIX fue enorme. En el Cuadro V mostramos la evolución de su valor total:

Cuadro V — VALOR DEL COMERCIO MUNDIAL ENTRE 1850 Y 1913 (EN MILLONES DE LIBRAS, DOLARES, FRANCO Y MARCOS)				
Año:	Libras:	Dólares:	Franco:	Marcos:
1850	1.200	6.000	30.240	24.600
1870	2.300	11.500	58.000	47.150
1880	2.600	13.000	65.520	53.300
1885	2.700	13.500	68.000	55.300
1890	3.200	16.000	80.600	65.600
1895	3.000	15.000	75.600	61.500
1900	4.000	20.000	100.800	82.000
1905	4.740	23.700	119.500	97.200
1910	6.100	30.500	153.700	125.000
1913	7.900	39.500	199.000	162.000

Fuentes: Heaton, Lesourd & Gérard, Schnerb, Wagemann. (ver Bibliografía)

Las subperiodizaciones que pueden hacerse en el conjunto muestran el influjo enlentecedor de la fase depresiva Kondratieff de 1873-1896 en el ritmo del aumento del valor total del intercambio mundial. Una primera podría ser ésta: 1) el valor total subió un 100% en los veinte años de 1850-1870; 2) luego subió un 40% en los veinte años de 1870-1890; 3) luego subió un 150% en los veintitrés años de 1890-1913. Otra subperiodización, buscando captar más limpiamente el vertiginoso ascenso posterior a la depresión, sería ésta: 1) aumento del 100% en los veinte años de 1850-1870; 2) aumento del 73% en los treinta años de 1870-1900; 3) aumento del 100% en los trece años de 1900-1913. En ambos casos — en el primero por el robusto porcentaje y el segundo por la menor cantidad de años tenidos en cuenta — se advierte claramente que la mayor intensidad del crecimiento se ubica a fines del periodo objeto de nuestro estudio.

Como aquí atendemos fundamentalmente a las cuatro potencias mayores de entonces — Gran Bretaña, Alemania, Francia y Estados Unidos — conviene ver cual es su papel conjunto dentro del total mundial y el movimiento individual de cada una de ellas, lo que puede apreciarse en el Cuadro VI:

Cuadro VI — COMERCIO DE LAS POTENCIAS Y TOTAL MUNDIAL (EN MILLONES DE LIBRAS Y EN PORCENTAJES)

Año:	G. Bretaña:	EE. UU.	Alemania:	Francia:	Total de los cuatro:	Total mundial:
1850	215 18%	64 5,3%	54 4,5%	73 6%	406 33,8%	1.200 100%
1870	461 20%	167 7%	234 10%	253 11%	1.115 48%	2.300 100%
1880	573 22%	290 11%	270 10%	310 11%	1.443 55%	2.600 100%
1885	530 20%	270 10%	284 10,5%	284 10,5%	1.368 51%	2.700 100%
1890	603 19%	324 10%	356 11%	323 10%	1.606 50%	3.200 100%
1895	570 19%	302 10%	350 11,5%	280 9,5%	1.502 50%	3.000 100%
1900	750 19%	440 11%	494 12,5%	348 8,5%	2.032 51%	4.000 100%
1905	795 17%	516 11%	614 13%	377 8%	2.302 49%	4.700 100%
1910	1.005 16,5%	672 11%	800 13%	524 8,6%	3.001 49%	6.100 100%
1913	1.200 15,5%	868 11%	1.024 13%	603 7,5%	3.695 47%	7.900 100%

Fuentes: Heaton, Wagemann, Rist, Day, Stolper (ver Bibliografía).

Lo que primero se advierte al estudiar este Cuadro es que hay un leve descenso del total de las cuatro potencias dentro del total mundial y que ello se debe al «cansancio» de Gran Bretaña y de Francia.

EUROPA tenía en la vida económica de entonces un peso decisivo. De ella salía el 64,2% de las exportaciones mundiales de 1876-1880 y el 63,8% de las de 1896-1900; ella recibía el 66,3% de las importaciones mundiales de 1876-1880 y el 68% de las de 1896-1900 (10). Pero no siendo Europa un espacio económico unificado ni homogéneo, conviene tener en cuenta los importantes matices que se daban en ella.

Comencemos por dejar de lado la mayor parte de Europa meridional y oriental, mucho menos desarrollada. Al proceder a esta operación, hallamos que la participación europea baja al 48,2% del valor de las exportaciones mundiales de 1876-1880 y al 48,6% de las de 1896-1900, así como al 54,4% de las importaciones mundiales de 1876-1880 y al 57% de las de 1896-1900 (11). Ese descarte muestra el papel principal de la Europa noroeste en el comercio mundial: redondeando los porcentajes, resulta que la mitad del valor del mismo lo hacía esa región noroeste.

Enseguida conviene hacer una segunda diferenciación: en dicha región noroeste se advierten dos porciones, la continental formada por Francia y Alemania y la insular formada por Gran Bretaña.

La porción germano-francesa realizaba el 31,9% del valor de las exportaciones mundiales de 1876-1880 y el 34,4% de las de 1896-1900, así como el 31,9% de las importaciones mundiales de 1876-1880 y el 36,5% de las de 1896-1900 (12). Redondeando los porcentajes, resulta que un tercio del valor total del comercio mundial concernía al noroeste continental.

Gran Bretaña es quien encabeza el grupo de las cuatro grandes potencias durante todo el periodo a estudio.

En cuanto al valor del intercambio mundial, ella sola realizaba el 16,3% de las exportaciones de 1876-1880 y el 14,2% de las de 1896-1900, así como el 22,5% de las importaciones de 1876-1880 y el 20,5% de las de 1896-1900 (13).

El valor medio anual de las exportaciones británicas subió de 200 millones de libras en 1860-1879 a 250 millones en 1880-1899 y a 380 millones en 1900-1914. El valor medio anual de las importaciones subió de 260 millones de libras en 1860-1879 a 420 millones en 1880-1899 y a 560 millones de libras en 1900-1914 (14). Estas cifras muestran que los gastos por concepto de importación subieron más rápidamente que los ingresos por concepto de exportación y también algo que es notorio respecto de Gran Bretaña: la normalidad de una balanza comercial desfavorable (un déficit medio anual de 40 millones en 1860-1879, de 230 millones en 1880-1899 y de 180 millones en 1900-1914). Pero es sabido que los «invisibles» compensaban ampliamente, además de que existía otro factor también compensatorio que suele mencionarse mucho menos: el amplio y regular superavit británico en el intercambio con la India. La metrópolis obtuvo unos 25 millones de libras al año durante la década de 1880-1889, según Barratt-Brown (15), quien agrega un dato de Saul: «El hecho fue que Gran Bretaña liquidó más de un tercio de sus déficits con Europa y Estados Unidos a través de la India» (16).

Debemos hacer una referencia a la relación de los precios del intercambio en este periodo. Entre 1876-1880 y 1896-1900 los precios de exportación de las materias primas bajaron un 27%, cuatro veces más que los de las manufacturas exportadas, que solamente bajaron un 7%. Esto ocurría mientras la exportación de materias primas aumentaba su volumen en un 100%, en tanto que la

exportación de manufactura solamente aumentaba un 50% (17).

ESTADOS UNIDOS tuvo un papel moderado en cuanto al intercambio. No solamente por haber partido de un nivel más modesto que el de las potencias europeas (revéanse las cifras del Cuadro VI), sino también, porque dedicó su mayor esfuerzo al abastecimiento interior, como ya lo hemos señalado.

De ahí que si evaluamos el crecimiento del puesto de cada potencia en el mercado mundial, encontramos que — dentro del periodo a estudio — corresponde señalar no solamente la primacía británica sino también el hecho de que hay dos potencias (Alemania y Estados Unidos) en ascenso mucho más rápido que Gran Bretaña y llamadas aparentemente a sobrepasarla. Apuntemos que el estallido de la guerra en 1914 le frustró la posibilidad a Alemania, facilitándosela en cambio a los Estados Unidos, aunque este desenlace escapa al límite de nuestro periodo.

El Cuadro VII permite apreciar el diferente ritmo de crecimiento de las potencias en este aspecto que nos ocupa:

País:	Aumento en 1880-1890:	Aumento en 1880-1900:	Aumento en 1880-1910:	Aumento en 1880-1913:
U. Bretaña	5%	11%	75%	109%
E. U. U.	12%	52%	132%	199%
Alemania	31%	83%	196%	279%
Francia	4%	38%	69%	94%

† Fuentes: Valores del comercio exterior expuestos en el Cuadro VI.

Como puede observarse en este Cuadro, tanto si se toman determinadas porciones dentro del periodo a estudio como si se toma el periodo, es Alemania la que encabeza siempre a las demás potencias en porcentaje de crecimiento del comercio exterior. La competencia germano-estadounidense es también muy visible y lo mismo el enlentecimiento del avance de Gran Bretaña y de Francia.

Si atendemos a los principales países meridionales de América — Brasil y Argentina — apreciamos el consiguiente aumento del volumen y del valor de su comercio exterior.

Brasil elevó el valor total de sus intercambios de un promedio anual de 36,5 millones de libras en 1871-1880 a 42,3 millones en 1881-1890, luego a 54,3 millones en 1891-1900 y a 79,5 millones en 1901-1910 (18). La evolución en Argentina fue la siguiente: de 19,4 millones de libras como promedio anual en 1871-1880 a 35,8 millones en 1881-1890, luego a 44,0 millones en 1891-1900 y a 102,2 millones en 1901-1910 (19).

De modo que, mientras el comercio exterior brasileño multiplicó su valor por un poco más de dos, el argentino multiplicó el suyo por un poco más de cinco. Comparando los guarismos decenales se advierte que el gran salto adelante de Argentina, que dejó atrás a Brasil, ocurrió en el último decenio del periodo que nos ocupa. Aun más precisamente, se definió sobre todo en los últimos cinco años de dicho decenio final: en 1906-1910 el valor promedio quinquenal del comercio exterior brasileño fue de 92 millones de libras, mientras el valor pro-

medio del argentino llegada a 130 millones (20).

### I. 5 — Desarrollo de la marina.

El aumento de la producción y del consumo, de la circulación de bienes y de migrantes, el progreso tecnológico y las preocupaciones por la competencia política explican el vigoroso desarrollo de las marinas nacionales.

El máximo propulsor del poder naval alemán, almirante Alfred Tirpitz — que se proclamaba admirador del estadounidense Mahan, a quien luego haremos referencia — escribiría en sus «Memorias» que «sin poderío marítimo, la posición de Alemania sería la de un molusco sin caparazón» (21).

La cuestión del desarrollo de las marinas no puede dejar de ser tenido en cuenta en un análisis de las relaciones entre el hemisferio norte y el vértice meridional de América, dos regiones cuyo contacto era exclusivamente marítimo en el período que nos ocupa.

Según J. Maillet, el tonelaje mundial habría pasado de 7 millones en 1842 a 47 millones en 1914 (22), de modo que se habría multiplicado por casi siete.

No logramos obtener cifras completas que cubran todo el período, aunque el Cuadro VIII de una visión de la mayor parte del mismo:

País:	1885:	1900:	1911:	1913:
G. Bretaña	7,4	9,0	11,6	19,0
EE. UU.	4,2	3,3	4,6	5,4
Alemania	1,2	2,0	3,0	5,0
Francia	1,5	1,5	1,4	2,2
Noruega	1,7	—	1,6	2,4
Japón	—	—	—	1,7
Otros	—	—	—	11,3

Fuentes: Helfferich, Pommery. (ver Bibliografía).

Otra vez advertimos que Alemania avanza a mayor rapidez: entre 1885 y 1913 multiplicó por cuatro su tonelaje, en tanto que Gran Bretaña lo multiplicó por dos y media.

Con todo, Gran Bretaña seguía a la cabeza, no solamente en cuanto a la cantidad de barcos, sino también por haber logrado el mayor porcentaje de sustitución de veleros por vapores. Ya en 1885 el 53% de las naves británicas eran vapores, mientras que por la misma fecha solamente lo eran el 35% de los estadounidenses, el 33% de las alemanas y el 32% de las de Francia (23). En los veinte años siguientes el proceso parece haber seguido en términos similares, aunque con una variante en favor de Alemania que, hacia 1911, alcanzó el segundo lugar en porcentaje de vapores, superando a Estados Unidos y acercándose más a Gran Bretaña.

Interesa brindar algunos datos sobre las relaciones marítimas del vértice meridional suramericano con las potencias del hemisferio norte. Empresas de diferentes países realizaban la ligazón. Por de pronto, tres empresas británicas: la principal era la «Liverpool, Brazil and River Plate Steamers», que era la mayor de todas y que enviaba todos los sábados un vapor directo hasta el Río de la Plata y todos los miércoles otro hasta Brasil, con escala en Lisboa; la «Pacific Steam Navigation Company» (sede en Liverpool) que enviaba dos jueves por mes desde Liverpool y dos sábados por mes desde Bordeaux vapores en

la ruta Lisboa — Pernambuco — Bahía — Río de Janeiro — Montevideo; la «Royal Mail Steam Packet Company» (sede en Southampton), cuyos vapores salían quincenalmente en día jueves para hacer la ruta Lisboa — Pernambuco — Maceió — Bahía — Río de Janeiro — Montevideo — Buenos Aires. Se sumaban tres empresas francesas: «Messageries Maritimes» (sede en Bordeaux) que enviaba barcos el día 5 de cada mes por la ruta Lisboa — Río de Janeiro y el día 20 de cada mes por la ruta Pernambuco — Bahía — Río de Janeiro; «Chargeurs Réunis» (sede en Le Havre) que enviaba nave dos veces por mes por la ruta Pernambuco — Bahía — Río de Janeiro — Santos; «Société Générale de Transports Maritimes» (sede en Marseille), con barcos dos o tres veces por mes por la ruta Las Palmas — Santos. También participaban tres empresas alemanas: «Hamburg Südamerikanische Dampfschiffahrts Gesellschaft» (sede en Hamburg), con dos naves por mes en la ruta Amberes — Lisboa — Bahía — Río de Janeiro — Santos; la «Norddeutscher Lloyd» (sede en Bremen), también con dos naves por mes; «Kosmos» (sede en Hamburg) con barco cada tres semanas por la ruta Amberes — Montevideo — Valparaíso — Callao (con regreso, frecuentemente por Santos — Río de Janeiro — Le Havre). Seguían dos empresas italianas: «Navigazione Generale Italiana» (sede en Génova), con tres naves mensuales a Río de Janeiro — Santos; «La Veloce» (sede en Génova) con tres naves mensuales por la ruta Las Palmas — Río de Janeiro — Montevideo — Buenos Aires. Existía también una empresa del Imperio Austro-húngaro: «Adria Hungarian Sea» (sede en Fiume), con una nave por mes en la ruta Pernambuco — Bahía — Río de Janeiro — Santos. Por último, una empresa estadounidense, la «United States and Brazil Mail Steamship Company», con una nave por mes haciendo la ruta New York — Pará — Maranhão — Pernambuco — Bahía — Río de Janeiro — Santos, conviniendo indicar como hecho significativo que esta empresa estaba subvencionada por el Brasil (24).

### 1.6 — Colocación de capitales en el exterior.

La tendencia de las potencias a ir colocando una parte de sus capitales en los países menos desarrollados — fuesen colonias propias o territorios independientes — es otra de las características de la época que debemos tomar muy en cuenta.

La colocación de capital por las grandes potencias está indicada, para el período que nos concierne, por el Cuadro IX:

Cuadro IX — CAPITAL INVERTIDO POR LAS MAYORES POTENCIAS ENTRE 1874 Y 1913 (MILLONES DE LIBRAS Y PORCENTAJE)

Año	G. Bretaña:	Francia:	Alemania:	Otros:	Total:
1874	1.000 76%	200 15,2%	—	—	1.300 100%
1885	1.400 58%	700 29%	—	—	2.400 100%
1900	2.200 50%	1.120 25%	290 6,5%	800 18%	4.400 100%
1913	3.660 41%	1.740 19,7%	1.120 12,7%	2.280 26%	8.800 100%

Fuentes: Imlah, Feis (ver Bibliografía).

Este Cuadro permite apreciar claramente la declinación del porcentaje de capital británico en el total mundial invertido en el extranjero. También se advierte el retroceso de la participación francesa, siempre más modesta que la de Gran Bretaña (advértase que en 1885 era la mitad). Se observa la aparición demorada pero pujante de Alemania, que duplica sus colocaciones en los primeros trece años del siglo XX. En cambio, este Cuadro no brinda información sobre Estados Unidos, ya que estos son todavía importadores netos de capital, no debiendo hacérselo olvidar el hecho de que tengan unos 530 millones de libras colocados en el exterior (25). En la categoría «Otros», junto a esas colocaciones estadounidenses hay que tener en cuenta las de Bélgica, Holanda y Suiza.

GRAN BRETAÑA constituye, pues, el caso principal y en él conviene detenerse especialmente. Por de pronto, analicémos los Cuadros X y XI, que informan sobre promedios anuales por quinquenios y sobre el crecimiento de las inversiones.

Cuadro X — INVERSIONES BRITANICAS EN EL EXTERIOR, PROMEDIOS ANUALES (EN MILLONES DE LIBRAS)	
Quinquenio:	Promedio anual de M. de £:
1870 - 1874	61,0
1875 - 1879	1,7
1880 - 1884	23,9
1885 - 1889	61,1
1890 - 1894	45,6
1895 - 1899	26,8
1900 - 1904	21,3
1905 - 1909	109,5
1910 - 1913	185,0

Fuente: Feis (ver Bibliografía).

Cuadro XI — CRECIMIENTO DEL CAPITAL BRITÁNICO EN EL EXTERIOR, 1876-1913 (MILLONES DE LIBRAS)	
Décadas:	Aumento absoluto:
1876 - 1885	432
1886 - 1895	698
1896 - 1905	447
1906 - 1913	1.348

Fuentes: Feis, Imlah (ver Bibliografía).

Atinadamente señala Barratt-Brown que es en el periodo 1880-1894 y luego en el que sigue a 1905 cuando habría que explicar por qué los inversores británicos decidieron colocar en el exterior tanto o más que dentro del país. Las «ondas» de inversión dentro del país o en el exterior parecen alternarse, agrega: la colocación en el exterior toma la delantera a comienzos de la década de 1870, durante la década de 1880-1889 y a comienzos de las de 1890 y de 1910, mientras que la inversión dentro del país lo hace ya entrada la década de 1870 y durante la de 1900-1909. Habiéndose producido todas las «ondas» hacia el exterior cuando la relación de precios del intercambio eran muy favorables a Gran Bretaña, resultado claro que el signo de esa relación — pese a su influjo indiscutible — no resultó decisivo en la orientación de las «ondas» hacia afuera o hacia adentro (26).

La exportación de capital está estrechamente asociada a la exportación de bienes de producción y éstos se fueron haciendo cada vez más importantes en el conjunto de la exportación británica: entre 1850 y 1890 los textiles bajaron del 63% al 43% del total y los productos metalúrgicos y de equipamiento en general subieron del 18% al 25% (27). Ya en la década de 1880 Gran Bretaña exportaba casi la mitad de su producción manufacturera (un 44%); dicho porcentaje decayó en la década de 1890, para luego recuperar el nivel anterior: fue del 42% al 45% en 1899-1913. Para que Gran Bretaña mantuviera su parte en el total de las exportaciones mundiales hubiese tenido que elevar a un 60% el porcentaje de bienes de producción en el total, afirma Barratt-Brown (28).

Otro aspecto que conviene tener en cuenta es el de la distribución por áreas del mundo de los capitales británicos expostados. A esto se refiere el Cuadro XII, presentando comparativamente los porcentajes de valor de los bienes exportados y de los capitales colocados en cada área:

Cuadro XII — EXPORTACIONES E INVERSIONES DE CAPITAL BRITÁNICOS POR REGIONES DEL MUNDO (PORCENTAJES)

Regiones:	1860 - 1870:		1881 - 1890:		1901 - 1910:		1911 - 1913:	
	Exp.	Inver.	Exp.	Inver.	Exp.	Inver.	Exp.	Inver.
Imperio	32%	36%	34%	47%	34%	47%	36%	46%
Europa	39%	25	36%	8%	36%	5%	36%	6%
EE.UU	13%	27%	14%	22%	9%	21%	9%	19%
América Lat.	12%	10,5%	11%	20%	10,5%	21%	12%	22%
Otros	4%	3,5%	5%	3%	10,5%	6%	7%	7%

Fuentes: Barratt-Brown (a) (ver Bibliografía).

Se puede observar cómo Gran Bretaña pasa de una preferencia dual por Europa y por el Imperio (un 71% de las manufacturas y un 61% de los capitales en el periodo 1860-1870) a una inclinación prioritaria hacia el Imperio (mejora de los porcentajes en 1881-1890 y en 1901-1910), mientras que el desarrollo económico europeo provoca un fuerte abatimiento de las colocaciones británicas allí (en relación a la etapa inicial se redujeron a la tercera parte en 1881-1890 a la quinta parte en 1901-1910). En Estados Unidos, el desarrollo local va reduciendo la demanda de manufactura y de capitales británicos, aunque a un ritmo más suave, pues ésta área no tiene todavía el vigor ya logrado por Europa.

En cuanto a América Latina hay un porcentaje apenas descendente de colocación de manufacturas junto a la duplicación del porcentaje de colocaciones de capital porque, es notorio, por largo tiempo fue Gran Bretaña la abastecedora principal de capital y el empuje competitivo y sustitutivo de los Estados Unidos es posterior al periodo que nos ocupa.

En cuanto a Francia, cuyo nivel más modesto ya se apreciaba en el Cuadro IX, el ritmo de las colocaciones aparece en el Cuadro XIII:

Periodo:	Promedio anual:	Total acumulado:
1852 - 1870 (19 años)	21,8	511,0
1871 - 1881 (11 años)	27,8	643,8
1882 - 1897 (16 años)	19,8	961,3
1898 - 1913 (16 años)	63,6	1.818,4

Fuente: Cameron (ver Bibliografía).

Los momentos, dentro del periodo a estudio, durante los cuales se registra mayor salida de capitales se ubican en 1878-1881 y en 1910-1914.

Durante la década de 1880-1889 comenzó un importante proceso de redistribución regional de las colocaciones, ubicadas hasta entonces en su abrumadora mayoría en Europa. Ello puede apreciarse en el Cuadro XIV:

Regiones:	1881		1914	
	Suma:	Porcent.	Suma:	Porcent.
Europa oriental	52,7	8,9%	583,3	29%
Europa central	111,0	18,7%	154,7	8%
Europa noroeste	23,2	3,9%	138,9	7%
Europa merid.	213,7	35,9%	230,1	12%
Cercano Oriente	137,0	23,0%	230,1	12%
Colonias franc.	25,8	4,3%	178,6	9%
América	31,7	5,4%	317,3	16%
Resto del mundo			158,6	8%
Total:	595,1	100,0%	1.991,6	100,0%

Fuentes: Cameron, Ashworth (ver Bibliografía).

Lo que más impresiona al analizar este Cuadro seguramente es el fuerte aumento del porcentaje colocado en Europa oriental (del 9% al 29%), que es expresión del acercamiento político franco-ruso y del interés de Francia por participar intensamente en el desarrollo económico de Rusia. En segundo lugar, también impresiona el hecho de que el muy modesto 5,4% que en 1881 se refería a toda América más el «resto del mundo», en 1914 alcanza al 24% y dentro de este total corresponde al «resto del mundo un 8% (158,6 millones), a Estados Unidos y Canadá un 4% (79,3 millones) y a América Latina un 12% (238 millones).

Como es de imaginar, la primacía de Gran Bretaña en la colocación de capitales a escala mundial, se aprecia fácilmente en la región latinoamericana. En 1913 hay invertidos en esta región 1700 millones de libras, de las cuales corresponden 1000 a Gran Bretaña (29), unos 320 millones de libras a los Estados Unidos (30), unos 240 millones a Francia (31) y unos 150 millones a Alemania (32).

La rapidez con que aumentó la inversión británica en América Latina también merece ser apuntada: en 1880 había solamente 180 millones de libras colocadas y en 1913 la cantidad se había sextuplicado (33), según surge de las cifras referentes a Gran Bretaña en el párrafo anterior.

Lamentablemente, los distintos criterios de cálculo y las lagunas de información no han permitido hasta hoy brindar cifras firmes e indiscutibles ni siquiera a escala latinoamericana. Menos aun si se quiere descender a la escala subregional del vértice meridional. Las discrepancias a veces son tan hondas, que más que buscar promediar y eliminar contraposiciones creemos más útil seguir una determinada tendencia y — como se puede advertir por los párrafos anteriores y sobre todo por los próximos — nosotros seguimos la de Winkler y Rippey, dos investigadores que no difieren mayormente entre sí, más que la de Feis o la de Lewis.

Obtenemos así los siguientes resultados para la evolución de las colocaciones de capital británico en los países del vértice meridional:

1) en 1880 las inversiones británicas sumaban 20,3 millones de libras en Argentina y 39,9 en Brasil (no disponemos de cifras confiables para los demás países);

2) en 1890 sumaban 157 millones de libras en Argentina, 68,7 millones en Brasil, 27,7 millones en Uruguay y 24,3 en Chile. La mera exposición de las cifras muestra que en los años ochenta se había producido un decidido engranaje de Argentina en el dispositivo imperial británico. H. S. Ferns lo subraya: «... las inversiones británicas durante la década de 1880 aumentaron a una velocidad asombrosa, considerando el movimiento de aquella época y fueron mayores que en cualquiera de las décadas siguientes. El año 1889 fue en verdad un *annus mirabilis*, en el cual la Argentina absorbió entre el 40% y el 50% de todas las inversiones británicas hechas fuera del Reino Unido» (34);

3) en 1900 sumaban 206,9 millones en Argentina, 90,6 millones en Brasil, 35,8 millones en Uruguay y 38,6 millones en Chile;

4) en 1913 habían alcanzado a 372 millones en Argentina, a 232 en Brasil, a 48 en Uruguay y a 66 en Chile. En el total latinoamericano de inversiones británicas de 1913, el porcentaje acumulado en estos cuatro países meridionales representaba el 72%, o sea casi las tres cuartas partes del total. Indicación de la «vocación» meridionalista de una Gran Bretaña atraída por las carnes y cereales rioplatenses, el mineral chileno y el tráfico del café brasileño y paulatinamente empujada desde el norte por el expansionismo estadounidense (35).

Las inversiones de las otras potencias en el vértice meridional son, en 1913, casi insignificantes en comparación con las británicas. Pese a las incertidumbres ya mencionadas, aventuramos cifras: 1) Estados Unidos tiene unos 8 millones de libras en Argentina, unos 10 millones en Brasil, 34 millones en Chile y poco más de 1 millón en Uruguay; 2) Francia posee quizá 139 millones de libras en Brasil y 80 millones en Argentina; 3) Alemania — utilizando las discutibles cifras de 1918 — tendría 50 millones de libras en Argentina, 30 millones en Brasil y 15 millones en Chile (36).

Para terminar con el tema de la exportación de capitales, queremos hacer una muy breve incursión por el tema, complejo y oscurecido, de las razones del imperialismo. Como es notorio, el primer planteo lo hizo el inglés J.A. Hobson en 1902 (37), afirmando los capitales salían por la incapacidad de ampliación del mercado interno, ampliación que, sin embargo no era imposible y que el Estado podría ayudar a conseguir. En cambio, V.Lenin (38) afirmaría en 1916 que la suprema clave del fenómeno residía en la urgencia de competir con otras potencias en procura de mercados proveedores y consumidores. Mismo desde dentro del marxismo la explicación leninista ha sido objeto de críticas. Es el caso del británico Barratt-Brown, quien escribe: «Aunque los marxistas tengan razón en que había una plétora de capital en busca de oportunidades de inversión... existen ciertas preguntas embarazosas que deben contestar los seguidores de Lenin sobre la cronología de las exportaciones de capital y la expansión imperialista, sobre el destino de las exportaciones de capital hacia colonias o países independientes y sobre las presiones puramente políticas por detrás del imperialismo, tanto en el centro como provenientes de la periferia». Y luego de subrayar que las exportaciones británicas de capital se cuadruplicaron entre 1862 y 1872, aumentaron un 50% en la década 1873-1882, un 100% en 1883-1892, otra vez un 50% en 1892-1902 y nuevamente un 50% en 1902-1913, concluye que «El hecho es que la expansión, tanto territorial como de exportación de capitales ocurrió simultáneamente para Gran Bretaña en la década de 1860 y para Francia en las décadas de 1870-1890, mientras que la expansión territorial de Alemania procedió a sus exportaciones de capital. Además, la mayor parte de la expansión británica, tanto de territorio como de exportación de capital, ocurrió antes del «estadio monopolístico» que siguió a la gran depresión... Debemos concluir que hubo una cierta asociación cronológica entre la exportación de capital y el proceso de concentración industrial a fines del siglo XIX, pero que la expansión colonial básicamente precedió a ambos en vez de sucederlos, como sugirió Lenin. En verdad, Gran Bretaña, el país con un mayor imperio, fue el último en experimentar el amplio proceso de fusiones y consorcios y en adoptar políticas proteccionistas. Si la tesis de Lenin de un nuevo estadio imperialista del capitalismo datando de la década de 1880 no se ajusta a los hechos, la razón puede simplemente ser que el capitalismo en Gran Bretaña nunca fue otra cosa sino imperialista y las nuevas naciones capitalistas emergentes estaban condenadas a seguir su «ejemplo.» (39).

### 1.7 — La rivalidad entre las potencias.

Sería absurdo pretender esbozar siquiera una reseña de las razones y acontecimientos que durante cuarenta años, hasta el desenlace bélico de 1914, dan lugar y describen los celos y tensiones entre las potencias.

En la compleja trama podrían señalarse algunas líneas de fuerza principales. Por de pronto, la exultante culminación de una antropología — que en su momento inicial contribuyera a abrir de par en par la puerta al espíritu capitalista — que se despliega en términos de «humanitarismo progresista» y a la vez de orgullos, de egoísmo y de pragmatismo agresivo, mostrando ya síntomas de desconcierto tras las fachadas de la plenitud nietzscheana o de la violencia creadora soreliana. (Epoca de la fundación de la Cruz Roja, la incursión de la «Panther» y los campos de concentración británicos; del «Abajo las armas» y de «La gran ilusión»; de la dinamita de Nobel y del premio de Nobel; del progreso de

la democratización y de las teorías elitistas; del igualitarismo social idealizado y del látigo de cuero de hipópótamo para los trabajadores africanos). Además, el crecimiento general de las potencias septentrionales, con frenos y tropiezos que afirman las disparidades de ritmo de uno y otro proceso de crecimiento, excitando también por allí las expectativas políticas y la inquietud por el prestigio nacional.

Para no apartarnos del eje de nuestro tema, nos limitaremos a poner el énfasis en la rivalidad de las potencias en cuanto a su proyección sobre el resto del mundo, particularmente sobre la región meridional americana que es objeto de nuestra atención.

Lord Curzon dedicó así uno de sus libros: «A todos aquellos que creen que el Imperio Británico es, por designio de la Providencia, el más grande instrumento de bien que ha visto el mundo» y Rudyard Kipling es tanto o más conocido por su justificación del colonialismo en nombre de la misión civilizadora del hombre blanco — «Take up white man's burden...» — que por sus buenas páginas literarias.

Pero en el período que nos ocupa, la presencia del blanco-británico empieza a ser estorbada por la del blanco-alemán y los alegatos de confraternización racista germánica de fines del siglo XIX pudieron menos que el enfrentamiento por el poder nacional y el desarrollo económico desatado por la apabullante vitalidad de Alemania. Ya hemos visto que a fines del siglo pasado comienzan dos ascensos rápidos: el de los Estados Unidos y el de Alemania. Pero, dada la fuerte orientación hacia adentro del crecimiento estadounidense y el carácter todavía marginal del territorio de Estados Unidos, fue el ascenso alemán el que primero y más fuertemente golpeó.

Alemania unifica su espacio económico interno y extiende paulatinamente su influjo por suelo europeo. Se transforma más rápidamente en los cuarenta-tres años que van de la guerra de 1870 a la de 1914 que Francia en los ciento-diez que van desde el Consulado hasta 1914. La caída de los precios mundiales afectó a Alemania menos que a las demás potencias, pues aquella recién comenzaba su expansión. La cartelización empresarial, el énfasis puesto en la industria pesada, el respaldo bancario y estatal a la exportación, el «dumping» y el fomento de la marina explican la vertiginosa expansión alemana.

El anticolonialismo de las décadas anteriores se descomponía junto con el librecambismo, al que en Gran Bretaña la «Comisión Real para investigar la crisis del comercio y de la industria» señalaba como el responsable de una cierta indefensión ante la competencia extranjera. En 1891 Joseph Chamberlain se refería a la competencia alemana — que era la que más inquietaba — con palabras que podrían hacerse extensivas a la de Estados Unidos: «...si las cosas siguen la marcha que vienen mostrando en los últimos quince años, sucederá que el esfuerzo británico será análogo al del caballo de carrera, que despliega cada vez más velocidad en proporción metódica, mientras que el empuje alemán es comparable al de la motocicleta que, gracias a un mecanismo perfeccionado, desarrolla una velocidad absolutamente superior a la del otro móvil, al que va dejando cada vez más atrás» (40).

Durante todo el período que nos ocupa el recelo europeo ante el ascenso estadounidense tuvo tanta vigencia como asperezas la competencia de todas las potencias en el vértice meridional americano.

No hay que esperar a fines del siglo XIX para apreciar la inquietud de los europeos. Podría ubicarse como algo constante, aunque con altibajos imagina-

bles, desde la década de 1860.

Los primeros personajes de relieve que dieron la alarma fueron los franceses Gustave Molinari y Paul Leroy-Beaulieu y el alemán Alexander Peetz. A fines de la década de 1870 el primero de ellos propuso una unión audaz danesa-belga-francesa-suiza-austrohúngara (lo que muestra hasta qué punto, dicho sea de paso, la preocupación «europeísta» de entonces giraba en torno a la aceptación o rechazo de una Mitteleuropa de impronta germánica), pero en lo que más coincidieron los tres personajes citados fue en la idea de que era una necesidad de los europeos enfrentar colectivamente a Estados Unidos. Y en la década de 1880 Peetz sostuvo que así como List había promovido la idea de la rivalidad de Alemania con Gran Bretaña, ahora correspondía promover la de la rivalidad de Europa con Estados Unidos (41).

El lanzamiento del panamericanismo había contribuido notablemente a excitar el ambiente. Ya en enero 1882 decía la «Saturday review» londinense que «Si ese congreso llega a reunirse, los representantes de los Estados insignificantes serán invitados a obligarse a no tener más arreglos diplomáticos con Europa y en particular con Gran Bretaña» (42).

Pocas semanas antes de inaugurarse el demorado congreso de Washington se registra la inquietud de círculos latinoamericanos vinculados al comercio europeo y, en nombre de la «Agence Commerciale des Républiques Latines», A. Terwagne dirige al rey Leopoldo I° de Bélgica una nota fechada en Lille (Francia) a 11 setiembre 1889 en la que afirma la conveniencia de asegurar mejor el comercio europeo con el nuevo mundo mediante una «alianza de banderas» franco-belga. Y la nota subraya que se avecinan tiempos más difíciles, porque «Qua va t'il se passer au congrès qui s'ouvre à Washington le 14 octobre prochain?» (43).

La hostilidad de la prensa europea se difunde. Dice el parisino «Le Matin» del 11 diciembre 1889 que «Aunque América Latina pueda tener un interés inmediato en dejarse caer en la red que le tiende el coloso del norte, es poco probable que no tenga en cuenta las consecuencias desastrosas que infaliblemente tendría para ella, en un futuro próximo, el establecimiento de un zollverein americano» (44).

La aprobación de la ley proteccionista McKinley en 1890 ahondó la tensión. «La tendencia hostil a los Estados Unidos alcanzó entonces su máximo en la política comercial europea; se pedía de todos lados una acción defensiva contra ellos: todos los Estados europeos deberían ponerse de acuerdo para actuar en común» (45). En el Reichstag, el canciller prusiano Leo Caprivi declaraba el 1° diciembre 1891 que los espacios económicos se iban haciendo necesariamente mayores y que «si los Estados europeos quieren conservar su posición en el mundo, sólo lo conseguirán estrechando cada vez más sus lazos recíprocos» (46).

A fines del siglo XIX, los ánimos seguían excitados. A las rivalidades económicas y político-territoriales en diversos lugares del mundo, se había sumado la cuestión de Cuba. Defensores de la política exterior estadounidense como A.P. Whitaker subrayan el temor de los Estados Unidos a una intervención generalizada de los europeos en América: «Hacia fines del siglo pasado, muchos entendidos norteamericanos comenzaron a temer... que una vez cumplido el reparto de África y Asia, las potencias imperialistas de Europa no tardarían en poner su atención en América. Henry Cabot Lodge, uno de esos interesados, advirtió en 1895: «Sur América no debe convertirse en otra África». No faltaban

demostraciones de que las grandes potencias estaban prontas a dirigir a la América Latina algunas de las influencias que estaban revolucionando el mapa económico y político de África y Asia» (47). Pero la realidad no era tan sencilla y maniquea como la pinta el mencionado historiador: además del elemento básico cual es el vehemente y decidido expansionismo estadounidense, debe tenerse en cuenta la ausencia de una acción conjunta de los europeos. El propio Whitaker señala que en los últimos años del siglo XIX Gran Bretaña, «que había sido el principal rival (y a menudo un rival afortunado) de los Estados Unidos en América Latina», «redujo sus fuerzas navales en aguas americanas y suavizó su oposición a la Doctrina Monroe» (48). Una expresión de esa prudente política de reducción de fricciones con Estados Unidos - a raíz del creciente dinamismo económico y marítimo de Alemania - fue la nueva actitud británica en la vieja cuestión cubana: ya en junio 1896 el primer Ministro Lord Salisbury - al ser sondeado por los estadounidenses - manifestó que pese a la amistad de Londres y Madrid «cualquiera sea el camino que los Estados Unidos puedan decidirse a seguir, eso no es asunto nuestro» (49). Cuando Madrid recibió el ultimatum estadounidense de marzo 1898, solicitó a los gobiernos europeos una mediación y ello fue acogido simpática y solidariamente. Alemania visiblemente encabezada esa reacción solidaria: temía que un conflicto hispanoestadounidense provocase la caída de la monarquía española y un rápido apoderamiento por Estados Unidos de las posesiones insulares españolas en el suroeste del Pacífico, que mucho interesaban a Berlín. Pero, al mismo tiempo, Alemania no quería ser la bien individualizada promotora de una política europea dura, susceptible de facilitar el acercamiento de Gran Bretaña a Estados Unidos. Por eso sugirió y logró que fuese Austria-Hungría la que movilizase a Europa. Los primeros pasos se dieron en forma conjunta pero, dice S.F. Bemis, «otra vez fue el gobierno británico el que desbarató la maniobra... Únicamente se avino a participar en la gestión si se informaba de antemano al gobierno de Estados Unidos y éste no la objetaba. Así ensayada y hecha inofensiva, la exposición conjunta resultó inocua» (50).

Los primeros años del siglo XX siguieron siendo tensos. Mientras se iban asentando los bloques que pronto habrían de destrozar bélicamente a Europa, los europeos tenían todavía tiempo para seguirse inquietando por el panamericanismo.

En 1901-1902 tuvo lugar en Méjico la segunda conferencia panamericana. «The Spectator» de Londres la analizaba el 9 noviembre 1901 sosteniendo que «la cuestión más importante es la económica, porque los Estados Unidos quieren absorber todo el comercio hispanoamericano, lo que haría surgir serios peligros para Europa» y el día 30 del mismo mes «Il Secolo» de Milán afirmaba que «Los representantes de Estados Unidos intentan establecer una especie de Hansa y monopolizar todo el comercio europeo de América del Sur» (51).

Más agresiva fue el 10 de marzo 1902 la «New liberal review» inglesa al afirmar: «Hemos sabido que los entusiastas abogados del panamericanismo han tratado de empujar al Congreso de Méjico a adoptar un zollverein de los países americanos... Si ese gigantesco Monroe Trust llegase a crearse, obligaría a las naciones comerciales e industriales del viejo mundo a combatir por sus mercados con la energía que da la desesperación» (52). Pocos meses después la «Neue freie presse» del 15 noviembre 1902 recogía las declaraciones que le hiciera el destacado político italiano Luigi Luzzatti, proponiendo una conferen-

cia europea que solicionase cuestiones aduaneras y la organización de una liga continental europea contra el exclusivismo de Estados Unidos en el nuevo mundo (53).

Luego fue la tercera conferencia panamericana, reunida en Rio de Janeiro en 1906 la que reactivó el malestar europeo. Pero esta vez las críticas se hicieron públicas y duraderas casi exclusivamente desde las potencias germánicas, pues el giro de los acontecimientos en Europa desviaba la atención de otros países hacia peligros más cercanos e inmediatos. El «Deutsche Okonomist» del 23 junio 1906 comentaba que «el comercio europeo recibiría un golpe gravísimo si los Estados Unidos llegasen a abastecer enteramente a Sur América, excluyendo de ella a Europa» (54).

Mediante escritos de más largo aliento, también algunos intelectuales de la Europa germánica planteaban los temas de la competencia con la naciente potencia ultramarina, de la necesidad de espacios económicos más amplios y de las dificultades de una protección sistemática y de larga duración (55).

Entretanto, una muy áspera competencia enfrentaba a las grandes potencias en el vértice meridional.

En Chile, la Presidencia Balmaceda marcó una evidente preocupación por contrabalancear el neto predominio económico británico mediante el aliento a una presencia más importante de otras potencias. Es notorio que Gran Bretaña se aseguró un papel principal en la economía chilena desde la guerra de 1879, aunque ya antes del conflicto tuviese inversiones y un dispositivo bancario muy importantes. Respecto del nitrato — producto clave en el período que nos interesa — puede señalarse la siguiente evolución: 1) en 1878 Chile y Perú del sector, Chile tenía solamente un 36%, Gran Bretaña por sí sola llegaba al 34% y firmas de diversos países europeos tenían el restante; señalarse la siguiente evolución: 1) en 1878 Chile y Perú sumados controlaban el 67% del capital del sector y solamente el 33% correspondía a firmas extranjeras, de diversas procedencia (alcanzando solamente al 13% la parte de Gran Bretaña y Estados Unidos, juntos); 2) en 1884, desaparecido Perú del sector, Chile tenía solamente un 36%, Gran Bretaña por sí sola llegaba al 34% y firmas de diversos países europeos tenían el restante 30%; 3) en 1901 Gran Bretaña alcanzaba el 55%, otros países extranjeros el 30% y Chile tan solo el 15% (56).

El proclichismo de Bismarck en ocasión de la guerra y la aceptación por muchos dirigentes chilenos del dicho de que «Chile es la Prusia de Sur América» ayudaron mucho al avance económico alemán (57).

Detrás de Gran Bretaña, las potencias que comerciaban con Chile aparecían ordenadas en grado decreciente de importancia en esta forma: Alemania en segundo lugar, Francia en el tercero y Estados Unidos en el cuarto. Lo que más temía Gran Bretaña a corto y a mediano plazo era el progreso de Alemania. En 1888 el Ministro Kennedy informaba al Foreign Office que en Chile reinaba «gran antipatía hacia Inglaterra y si el Gobierno quisiera asignar a Alemania un papel preponderante, podría llegar bastante lejos por ese camino» (58). Y a fines de 1890 subrayaba con fastidio que «los contratos para trabajos públicos han sido concluidos por el Gobierno sobre todo con empresas francesas y — en algunos casos — alemanas, en vez de hacerlos con empresas inglesas, como antes era habitual» (59).

En 1910 Gran Bretaña seguía en el primer puesto respecto de la participación en el valor total del comercio exterior chileno, totalizando 72 millones de libras de intercambio. Estados Unidos, alcanzando a Alemania, llegaba al segundo lugar con 54,6 millones de libras de intercambio. En cambio Francia había quedado en cuarto lugar (60).

Mucho mejor resistió Gran Bretaña en Argentina, que habría de ser su principal reducto en el vértice meridional y el último, ya que recién a mediados del siglo XX la presencia estadounidense se impuso claramente. En realidad, la

presencia británica no fue seriamente enfrentada en Argentina hasta fines de nuestro período. Aunque el progreso de Alemania fue enorme en el último tercio del período a estudio (el valor total de intercambio era de 6,5 millones de libras en 1897 y alcanzó a 34,0 millones en 1912) (61) no bastaba que se quintuplicara para poder llegar hasta el elevadísimo nivel del intercambio angloargentino. En realidad fue aun más rápido el progreso del intercambio de Estados Unidos con Argentina, que pasó de 2 millones de libras en 1891-1895 a 16 millones en 1910-1914 (62); Estados Unidos había sobrepasado a Francia y a Bélgica, se acercaba a Alemania pero todavía necesitaría años para alcanzarla y la diferencia con Gran Bretaña es demasiado grande como para permitir cualquier previsión: en 1912 el comercio exterior argentino valía 182 millones de libras y la parte de Alemania y Estados Unidos sumados era alrededor del 28% del total (63).

En Uruguay, la posición británica era también holgadamente mayoritaria, dejando a salvo las diferencias de valor con el caso de Argentina.

En Brasil la competencia fue, en cambio, extremadamente tensa. En 1873 el predominio de la marina mercante británica era arrollador y, muy atrás la seguían — en grado decreciente de importancia — las de Francia, Estados Unidos y Alemania. Pero el avance de Alemania era tan rápido que las demás potencias dieron reiteradas muestras de nerviosidad. En 1888 el Consulado de Francia en Río de Janeiro enviaba un informe sombrío: en los siete años corridos desde 1881 a 1887, decía, el valor de las importaciones francesas por Río de Janeiro se redujo a la tercera parte. Y enseguida del dato, una explicación: «Nuestras excesivas tarifas de transporte ferroviario y marítimo, la mezquindad francesa en materia crediticia, el costo elevado de nuestra mano de obra, la escasa conciencia de nuestro comercio exportador... la ignorancia e incapacidad de los representantes y viajantes comerciales, son las causas principales de nuestro déficit» (64). En 1912 la marina de Alemania ya estaba en segundo lugar, habiendo desplazado tanto a Francia como a Estados Unidos.

El crecimiento de las ventas alemanas a Brasil era espectacular: en 1895 las ventas británicas eran 200% superiores a las alemanas y en 1912, pese a su expansión, eran solamente un 50% superiores (65). Un factor que obró muy a favor de Alemania fue la numerosa inmigración de origen germánico. Alan Manchester subraya el caso de la ciudad de Porto Alegre, donde había dos casas importadoras británicas, pero en la cual el comercio importador estaba «casi enteramente en manos de los alemanes» (66). El 12 noviembre 1903 el Embajador de Estados Unidos daba una opinión contundente: «Alemania ha trabajado implacablemente por mucho tiempo a fin de monopolizar los mercados suramericanos y los alemanes son muy activos y numerosos en Brasil... hablan la lengua del país... las tasas de flete alemanas son cerca de 25% menores que las de los Estados Unidos» (67).

Al terminar nuestro período, en 1913, Gran Bretaña era la principal vendedora a Brasil (24,5% de las compras brasileñas), seguida por Alemania (17,5% de las compras brasileñas), luego por Estados Unidos (15,7% de las compras brasileñas) y por Francia (10% de las compras brasileñas). Pero en cuanto a las compras a Brasil, el primer puesto lo tenía Estados Unidos (32,6%), el segundo Alemania (14,1%), el tercero Gran Bretaña (13,3%) y el cuarto Francia (12,3%), explicándose esta diferencia del nivel estadounidense, en buena medida, por la importancia del café (68).

II — ESTADOS UNIDOS ANTE AMERICA DEL SUR.

II.1 — Crecimiento y mercado exterior.

Tras una aceleración de su desarrollo en el periodo 1840-1860, con la expansión territorial ya definida en términos generales, los Estados Unidos vivieron el intervalo de la Guerra de Secesión. Tras ella el impulso transformador vuelve a acelerarse.

Un primer dato a tener en cuenta es el demográfico: la población total era de 38,5 millones en 1870, de 50,2 millones en 1880, de 63 millones en 1890, de 76 millones en 1900 y da 92 millones en 1910. En este crecimiento cumplió un papel fundamental la inmigración — cuyos totales por decenio hemos dado en el Cuadro I — que representó el 28% del crecimiento en 1870-1880, el 43% en 1880-1890, el 31,5% en 1890-1900 y el 42% en 1900-1910 (69)'

Otro hecho a subrayar es el aumento de la producción: entre 1880 y 1900 s duplica el valor de los bienes nacionales y la producción per cápita sube un 50% (70). Pese a la gran capacidad de absorción del mercado interno en las primeras décadas del periodo que nos concierne, el crecimiento productivo se traduce en el desarrollo del comercio exterior, como lo indica el Cuadro XV:

Periodo:	Exportaciones:	Importaciones:	Total:	Aumento:
1871 - 1880	117,8	107	224,8	
1881 - 1890	153,0	138,4	291,4	- 30%
1891 - 1900	205,0	152,6	357,6	- 23%
1901 - 1910	323,2	230,0	553,2	- 54%
1911 - 1915	474,2	142,4	616,6	- 48%

Fuentes: Kramer, D'Arin & Root (ver Bibliografía).

Téngase presente que el último periodo contemplado en el cuadro no es un decenio, sino tan solo un quinquenio. Se puede observar cómo el valor de la exportación crece más rápidamente que el de la importación: ambos valores están a un nivel casi igual en el periodo 1871-1880, en el periodo 1881-1890 lo exportado es ya un 10% más y en el periodo 1891-1900 es un 25% más, llegando a ser un 50% más en 1901-1910 y un 40% más en el quinquenio 1911-1915.

En cuanto a la evolución de la distribución regional de las exportaciones estadounidenses, la presentamos en el Cuadro XVI:

Periodo:	Valor promedio anual:	Europa:	América Latina:	Canadá:	Asia:	Africa:
1871 - 1880	117,8	81,8%	9,8%	5,6%	2,4%	0,5%
1881 - 1890	153,0	80,2%	9,6%	5,3%	4,3%	0,5%
1891 - 1900	205,0	77,9%	9,6%	6,3%	5,2%	1,1%
1901 - 1910	323,2	70,0%	11,8%	9,4%	7,3%	1,4%
1911 - 1915	474,2	64,0%	12,9%	14,2%	7,8%	1,1%

Fuentes: Kramer, D'Arin & Root (ver Bibliografía).

El descenso de la participación europea es notable (un 22% menos entre la década de 1871-1880 y el quinquenio 1911-1915), compensándolo casi el ascenso de Canadá (un 153% más y América Latina (un 30% más).

Este crecimiento del comercio exterior ocurre en beneficio de la venta de manufacturas: entre 1870 y 1909 las exportaciones industriales multiplicaron por diez su valor, mientras que las de productos agropecuarios sólo lo multiplicaron por cuatro (71).

Ese fenómeno se tradujo en el ascenso de los Estados Unidos al primer puesto en cuanto a porcentaje nacional del valor total de la producción industrial total en 1896-1900, como lo indicara el Cuadro III.

Por entonces, los jerarcas de la Administración ya consideraban el proceso como irreversible. Así por ejemplo, decía Frederik Emory, Jefe de la Oficina de Comercio Exterior del Departamento de Estado, en 1897: «Los Estados Unidos ya no son más el granero del mundo... Sus ventas de manufacturas al exterior han seguido extendiéndose con una facilidad y prontitud que excitaron serias preocupaciones de países que durante muchas generaciones no solamente controlaron sus mercados internos sino que prácticamente monopolizaron ciertas líneas de comercio en otras tierras... Pese a que el esfuerzo organizado para colocar nuestras manufacturas en mercados extranjeros está todavía en su infancia, la capacidad de los Estados Unidos para competir exitosamente con las más avanzadas naciones industriales en cualquier lugar del mundo e incluso en los mercados internos de ellas, ya no puede seguir siendo seriamente cuestionada» (72).

Aunque ya desde antes había en Estados Unidos una preocupación por ampliar el comercio exterior — conviene mencionar a James G. Blaine en este sentido, por ser un personaje de especial interés para nosotros — fue con el pánico suscitado por la crisis de 1893 y las reflexiones subsiguientes, que esa idea devino dominante, combinada con la del papel civilizador depositado en manos de Estados Unidos, a que luego haremos referencia. Uno de los alegatos más conocidos es el del senador Albert J. Beveridge, decidido expansionista, que en un célebre leido el 27 abril 1898 expresó: «Nuestras fábricas están elaborando más que lo que el pueblo estadounidense puede usar y el suelo estadounidense está produciendo más que lo que aquel puede consumir. El destino ha escrito nuestro futuro: debemos lograr una parte cada vez mayor del comercio exterior. Estableceremos puestos comerciales por todo el mundo, como puntos de distribución de los productos estadounidenses. Cubriremos los océanos con nuestra marina mercante. Crearemos una flota a la medida de nuestra grandeza. Grandes colonias, con nuestra bandera izada y comerciando con nosotros, crecerán en nuestros puestos comerciales. Nuestras instituciones seguirán a nuestra bandera en las alas de nuestro comercio. Y la ley estadounidense, el orden estadounidense, la civilización estadounidense y la bandera estadounidense se plantarán en costas hoy sangrientas y tenebrosas pero que devendrán, gracias a esos agentes de Dios, bellas y radiantes» (73).

Refiriéndose a la década final del siglo pasado, escribe Samuel F. Bemis que no fue mera casualidad que durante la misma ocurrieran «la terminación de las tierras nuevas que colonizar, la primera conferencia internacional panamericana (1889-1890), la botadura del primer barco de guerra acorazado, el «Maine» (1890) y el establecimiento de las primeras embajadas de los Estados Unidos en Europa (1893)» (74).

## II.2 — El impulso ideológico.

Por entonces estaba en boga, culturalmente, el llamado «darwinismo social», confluencia del progresismo evolucionista con el biologismo.

William G. Sumner, enseñando desde 1872 en la cátedra de «Ciencias Políticas y Sociales» de la Universidad Yale, contribuyó a difundir sus criterios: la verdadera determinante de la historia es la «lucha por la vida» y ésta, además de ser natural e inevitable, es un fenómeno altamente positivo. Es el motor de la civilización, necesario para su avance: el progreso requiere la eliminación de todo individuo, institución o nación que no sea fuerte y eficaz. La «selección natural» opera en todos los campos de la vida y en aquellos años de crecimiento y concentración de la riqueza los millonarios fueron señalados por Sumner como un ejemplo de sobrevivencia e imposición de los más aptos.

Esta conjunción de valoraciones e incitantes daba una respuesta clara a toda interrogante sobre cual era el papel de los Estados Unidos ante la ineptitud de los latinoamericanos — y también la de los habitantes de otros continentes — para abrazar la civilización y el «Free government»: aun cuando pudiesen no desearlo, los Estados Unidos no lograrían detener la lucha entre los dotados y los ineptos. Estaban llamados a ser los difusores del progreso. Y el progreso era lo propiamente estadounidense.

El pastor «congregacionista» Josiah Strong, en un libro publicado en 1885, escribía: «Mister Darwin no solamente está dispuesto a ver en el vigor superior de nuestro pueblo una ilustración de su teoría central de la selección natural, sino que incluso insinúa que la historia del mundo hasta hoy ha sido simplemente preparación de nuestro futuro y tributaria de él». Agrega enseguida que el crecimiento demográfico mundial cambiará la marcha de la humanidad: «Entonces entrará el mundo en una nueva etapa de su historia: la lucha final entre las razas, para la cual anglosajona está siendo educada... Entonces, esta raza de desigualada energía, con toda la majestad del número y el poder de la riqueza tras ella, la raza representativa — esperémoslo — de la más amplia libertad, el más puro cristianismo y la más alta civilización, habiendo desarrollado ciertos rasgos peculiarmente agresivos calculados para imprimir sus instituciones en la humanidad, se extenderá sobre la tierra. Si no me equivoco, esta poderosa raza avanzará por sobre Méjico, América Central y Sur América, por sobre las islas del mar, África y más allá. Y puede alguien dudar que el resultado de esa lucha de razas será la «supervivencia del más apto?» (75).

Coincide en lo esencial otro típico representante de aquella época, John W. Burgess, al postular el eminente intervencionismo civilizador de los Estados Unidos, como brazo de la raza superior teutónica: «Por último, de la misión evidente de las naciones teutónicas debemos sacar la conclusión de que la intervención en los asuntos de las poblaciones no totalmente bárbaras, que han logrado ciertos progresos en el camino de la organización estatal, pero que muestran ser incapaces de resolver el problema de la civilización política de una manera relativamente integral, es una política justificada... Esta situación de barbarie o semibárbarie autoriza a las naciones políticas no solamente a atender el pedido de ayuda y dirección que le hagan las poblaciones apolíticas, sino también a forzar su organización por cualquier medio necesario, a su juicio, para cumplir la tarea. No hay derechos humanos para la barbarie» (76).

Como puede verse, no hacía sino repetir las ideas de aquellos pensadores finiseculares un Theodore Roosevelt cuando declaraba, en visperas de instalarse en la Presidencia: «Nuestro deber hacia el pueblo que vive en la barbarie impone que le libremos de sus cadenas y solo podemos alcanzar ese objetivo si destruimos a la misma barbarie. El misionero, el comerciante y el soldado de-

sempañan cada uno cierto papel en esta obra de destrucción y en la consiguiente elevación del pueblo» (77).

Parece oportuno transcribir a continuación unos párrafos del historiador Albert K. Weinberg, profesor de Ciencias Políticas en la «John Hopkins University» de Baltimore:

«La ideología de la expansión norteamericana es un abigarrado cuerpo de doctrinas de justificación. Incluye dogmas metafísicos sobre cierta «misión providencial» y «leyes» casi científicas relativas al desarrollo nacional, conceptos sobre el derecho nacional e ideales de deber social, racionalizaciones jurídicas e invocaciones a una «ley superior», propósitos de difusión de la libertad y planes de extensión de un absolutismo benévolo... Una de las razones esgrimidas afirmaba que la fuerza es el instrumento necesario de esa misión civilizadora y administrativa hacia la cual — según creía el senador Beveridge — Dios llamaba especialmente a los norteamericanos como consecuencia de sus cualidades raciales y aun de su consagración al gobierno propio. Como dice Sumner Welles, este concepto fue el núcleo del imperialismo humanitario que después, por su atractivo para la vanidad nacional, creció sin respetar límites ni proporciones... Como ha dicho el profesor Powers, el proceso expansivo de Estados Unidos representó el empleo de la «consolidación coercitiva» en la «afirmación del orden universal». Como escribió Ferdinand Lion, para el imperialista el orden es el valor supremo. La razón de esta evaluación está sugerida irónicamente en el comentario de Walter Hines Page sobre los ingleses: «Tienen la manía del orden, el orden puro y simple, el orden por el orden mismo y por el comercio» (78).

### *II.3 — La proyección hacia América meridional.*

En la última década del siglo XIX los Estados Unidos tomaron plena conciencia de la importancia bélica y mercantil del poderío marítimo.

El capitán Alfred T. Mahan contribuyó decisivamente en ese sentido. Escribió muchos artículos en revistas y fue profesor de «Historia naval y tácticas navales» en el United States Naval War College, dedicando algunos libros — unos son mera recopilación de artículos anteriores, otros son estricta novedad — a la interpretación histórica de la cuestión y a la apreciación de las situaciones que ahora se le planteaban al país (79).

Mahan ponía interés fundamental en el hemisferio norte y su meta era brindar las mejores soluciones de seguridad y poder para «la posición de los Estados Unidos entre los dos viejos mundos y los dos grandes océanos» (80). Todavía en 1900 opinaba que «Aun durante cierto tiempo... el movimiento mundial de avance asimilativo será no de dirección norte a sur, sino de dirección este a oeste» (81). El Atlántico norte y el Pacífico norte aparecían como los núcleos lógicos de condensación del poder marítimo de Alemania y de Japón respectivamente. La clave defensiva era una estrecha alianza británico-estadounidense y su predominio naval. Este requería no solamente buenas flotas, sino también puntos de apoyo bien distribuidos geográficamente. Es obvio que el canal interoceánico jugaba un papel fundamental en la integración geopolítica

de ese hemisferio norte.

Hay quienes consideran que este «septentrionalismo» de Mahan revela una visión un tanto estrecha del escenario mundial y reposa en una inadmisiblemente minusvaloración de América del Sur. Este modo de ver nos parece injusto: no solamente porque el continentalismo estadounidense fue, en la práctica, bajando lentamente hacia el sur — tierra lejana y muy britanizada — sino, sobre todo, porque significa desatender cual era la preocupación básica de aquellos años y por tanto la escala de prioridades del marino Mahan.

Por lo demás, hacia tiempo que otra corriente se dedicaba con preferencia a la faceta comercial y diplomática y apuntaba hacia el sur. Enseguida veremos que no era contradictoria ni estaba aislada del mahanismo, sino que aparece como complementaria de éste. Su hombre representativo fue el ya mencionado James G. Blaine.

Fue bajo el gobierno del Pte. Garfiel (1881) que el Secretario de Estado señor Blaine puso a la diplomacia estadounidense en el camino que el proceso económico últimamente aconsejaba. Blaine definió su plan de acción con estas palabras: «Primero alcanzar la paz y prevenir guerras futuras en Norte y Sur América; segundo, cultivar relaciones amistosas, comerciales, con todas las naciones americanas, que incrementen en gran medida el comercio de exportación de los Estados Unidos» (82).

Ciertamente, hay un aflojamiento del empuje bajo los gobiernos de los Presidentes Arthur (1881-1885) y Cleveland (1885-1889), pero bajo el Pte. Harrison (1889-1893) se restablece la diplomacia recientemente delineada, a cuya conducción — dicho sea de paso — vuelve el mismo Blaine en el período de 1889 a 1892.

En el Caribe, el tratado Clayton-Bulwer de 1850 había instituido un condominio de poder entre Gran Bretaña y Estados Unidos, pero a fines de siglo la relación de fuerzas — volcada a favor de esta última potencia — ya no se compaginaba con aquel acuerdo. Ya en 1881 Blaine había enfrentado la amenaza de un robustecimiento del influjo europeo en el Caribe y América Central, de resultados de los preparativos para construir un canal interoceánico; sería un desafío inadmisiblemente a la doctrina Monroe, declaró Blaine. El fracaso del consorcio francés en Panamá distendió los ánimos, pero Estados Unidos siguió vigilante y gracias a la guerra con España de 1898 logró asegurarse el predominio en el espacio caribeño-centroamericano, en detrimento de la presencia europea. Con el tratado Hay-Pauncefote de 1901 concretó sus ventajas, que redondearía con la creación de Panamá poco después.

Pero en el Pacífico las cosas no estaban tan bien definidas. La región era todavía a fines de siglo en buena medida un «vacío de poder» que las distintas potencias buscaban colmar en competencia inamistosa. Los Estados Unidos, que en 1898 se asegurarían Hawai, Guam y las Filipinas, ya desde la primera Secretaría de Blaine tenían intenciones mayores.

Blaine había visto en la fuerte tensión postbélica de Perú y Bolivia contra Chile (años 1881 y siguientes) una excelente ocasión para iniciar una diplomacia estadounidense dinámica en la región andina meridional de Sur América, donde la implantación británica no era tan fuerte como del lado meridional atlántico. Escribe S. F. Bemis: «A Blaine le interesaba la posibilidad de establecer una base naval en lugar tan meridional como Chimbote, en el Perú, puerto magnífico que rivaliza con Acapulco, San Francisco, Puget Sound y Pearl Harbor en punto a amplitud y seguridad. Un programa de esta clase proyectaba

en el océano Pacífico un círculo más extenso que el incluso Seward había contemplado: un extenso arco de bases navales representado por la línea Puget Sound — Pearl Harbor — Samoa — Chimbote, que hubiera sido ideal para la defensa del futuro canal» (83).

Moviendo sus piezas progresivamente, Estados Unidos llegaba pues a «tocar» en las últimas décadas del siglo pasado el vértice meridional del continente.

*Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul*  
*Departamento de História*  
*Porto Alegre, Brasil.*

### NOTAS

- (1) KONDRATIEFF, N. D. — «The long waves...».
- (2) Para mayor información, véanse historias económicas generales como las de NIVEAU, MAURICE, «Historia des faits...» o de LESOURD, J. A. y GERARD, G., «Histoire économique...».
- (3) LUZZATO, GINO, «Storia economica...», vol. 2º, p. 396.
- (4) WILCOX, W. F. (compilador), «Studies in...».
- (5) VAZQUEZ DE PRADA, Valentín, «Historia económica...», vol. 2º, cuadros pp. 37 y 198.
- (6) TUROT, HENRI, «En Amérique...», p. 190.
- (7) ELLSWORTH, P. T., «The international economy...», p. 414.
- (8) LANDES, D. S., «Vieille banque...» y «Technological...».
- (9) LEWIS, W. ARTHUR, en «The theory...», piensa que el retraso del desarrollo británico luego de 1870 se debió a que el ritmo de aumento de las exportaciones cayó del 6% anual al 2% anual.
- (10) Nos basamos, para estos cálculos, en los Cuadros VI y VII de YATES, P. L., «Forty years...».
- (11) Id. ant.
- (12) Id. ant.
- (13) Id. ant.
- (14) MITCHELL, B. R. y Deane, P., «Abstracts of british...» (Reproducido en BARRATT-BROWN, M., «A economía...», pp. 94-95).
- (15) BARRATT-BROWN, M., «A economía...», p. 182.
- (16) SAUL, S. B., «Studies in british...», p. 56.
- (17) Cálculos basados en los Cuadros XI y XIII de YATES, P. L., «Forty years...».
- (18) FAUSTO, BORIS, «O Brasil republicano, 1º...», p. 351.
- (19) FERNS, H. S., «Gran Bretaña y Argentina...», pp. 490-491 (Cuadro I del Apéndice Estadístico).
- (20) U.C.L.A. (LATIN AMERICAN CENTER), «Statistics and...», p. 145.
- (21) Citado en HAYES, CARLTON, «Una generación...», p. 243.
- (22) MAILLET, J. M., «Histoire des faits...», p. 287.
- (23) HELFFERICH, KARL, «La prospérité...», p. 67.
- (24) MARC, LAFRED, «Le Brésil. Excursion...», pp. 71-75.
- (25) U.C.L.A. (LATIN AMERICAN CENTER), «Statistics and...», p. 252. No hay acuerdo entre las diversas fuentes. Otras elevan el total hasta 600 millones de libras.
- (26) BARRATT-BROWN, M., «A economía...», pp. 165-166.
- (27) ROBINSON, E. A. G., «The changing structure...», utilizado por BARRATT-BROWN, M., «A economía...», p. 167.
- (28) BARRATT-BROWN, M., «A economía...», p. 168.
- (29) RIPPY, J. FRED, «British investments in Latin America, 1822-1949...», p. 68; WINKLER; MAX, «Investments of United States...», p. 280; FEIS, H., «Europe, world's...» y LEWIS, CLEONA, «America's stake...» dan cifras a menudo muy diferentes de las de los dos primeros autores, entre los cuales hay mucha similitud.

(30) RIPPY, J. FRED, «Investments of citizens...», pp. 17-29.

(31) El monto de las colocaciones francesas no aparece definido con seguridad. Por lo menos hay discrepancias entre los autores. RIPPY, por ejemplo, en «French Investments...», llega a una cifra más alta: 340 millones de libras en 1914. El monto que damos en el texto lo deducimos coordinando hasta donde fue posible dos datos de FEIS, H., en «Foreign capital...» con la afirmación de que la inversión francesa en América Latina era alrededor del 13% del total colocado en el exterior (total que aparece en el Cuadro XIV, ya comentado).

(32) Tampoco hay seguridad sobre las cifras referentes a Alemania. Feis, H., en «Foreign capital...» da un total de unos 180 millones de libras en 1914 y RIPPY, J. FRED, en «German Investments...» calcula unos 135 millones en 1918. dad de hacer cálculos respecto de 1913, víspera de la guerra. En 1912 el diputado Delbrück ya proponía que se «nacionalizasen las empresas alemanas en el extranjero» para evitarles daños si estallaba la guerra y ya ese mismo año se «brasileñizaba» como «Companhia de Indústrias Textéis» una importante empresa alemana en suelo de Brasil, según mención de CARONE, Edgard, «A República Velha. Instituições...», p. 141.

(33) RIPPY, J. FRED, «British investments in Latin America, 1822-1949...», pp. 23-25.

(34) FERNS, H., S., «Gran Bretaña y Argentina...», p. 397.

(35) La información sobre distribución por países del capital británico la tomamos de WINKLER, MAX, «Investments of United States...», p. 280; de RIPPY, J. FRED, «British investments in Latin America, 1822-1949...», p. 68; id. ant. «A brisk decade of british...»; id. ant. «British investments in Latin America, end of 1900»; id. ant. «The british investments boom of the 1880's...».

(36) Utilizamos las mismas fuentes mencionadas ya respecto de las cifras globales de cada potencia y, en especial WINKLER, MAX, «Investments of the United States...», p. 275; RIPPY, J. FRED, «Investments of citizens...», p. 21 y LEWIS, CLEONA, «America's stake...», pp. 575-806.

(37) HOBSON, J. A., «Imperialism...».

(38) LENIN, V. U., «El imperialismo, novísima...».

(39) BARRATT-BROWN, M., «A economía...», pp. 169, 174 y 177.

(40) Cit. in QUESADA, ERNESTO, «El peligro alemán...», p. 55.

(41) KOBATSCH, RUDOLF, «La politique...», p. 327.

(42) Cit. in FERRARA, ORESTES, «L'Amérique et...», p. 5.

(43) Documento depositado en los «Archives Nationales» de Francia, Paris, Série F.12 8486.

(44) Cit. in FERRARA, ORESTES, «L'Amérique et...», p. 12.

(45) Cit. in KOBATSCH, Rudolf, «La politique...», p. 378

(46) Id. ant., p. 381

(47) WHITAKER, ARTHUR P., «Las Américas y...», p. 7.

(48) Id. ant., pp. 11 y 10.

(49) Cit. in IBARGUREN, CARLOS, «De Monroe a...», p. 236.

(50) BEMIS, SAMUEL FLAGG, «La diplomacia de los Estados Unidos...», p. 143.

(51) Cit. in FERRARA, ORESTES, «L'Amérique et...», p. 26 y pp. 27-28.

(52) Id. ant., pp. 26-27.

(53) Cit. in KOBATSCH, RUDOLF, «La politique...», p. 381

(54) Cit. in FERRARA, ORESTES, «L'Amérique et...», p. 31.

(55) Así por ejemplo, las obras de SCHIPPEL, M., «Amerika und...»; de SCHULTZEGAEVERNITZ, G. V., «Britischer Imperialismus...»; de KOBATSCH, R., «Die ökonomische...».

(56) PINTO, ANIBAL, «Chile, un caso...», p. 55.

(57) CRUCHAGA TOCORNAL, MIGUEL, «Actitud de Alemania...».

(58) Foreign Office (Londres), 16, vol. 252, mensaje n° 13, 15 marzo 1888.

(59) Foreign Office (Londres), 16, vol. 220, mensaje n° 8, Confidencial, 25 noviembre 1890.

(60) «Anuario estadístico...», p. 589.

(61) QUESADA, ERNESTO, «El peligro alemán...», p. 59.

(62) PETERSON, HAROLD F., «La Argentina y...», p. 261.

(63) DI TELLA, GUIDO y ZYMELMAN, MANUEL, «Las etapas del desarrollo...», p. 290.

(64) A. M. A. E. (Paris), «Correspondance commerciale...», p. 350 y siguientes.

(65) MANCHESTER, ALAN K., «Preeminencia inglesa...», pp. 279-280 y 282.

(66) Id. ant., p. 281.

(67) VALLA, VICTOR, «A penetração norteamericana...», p. 31.

- (68) *Id. ant.*, p. 72.
- (69) Cifras basadas en STERNBERG, FRITZ, «Capitalismo...», p. 15 y en VAZQUEZ DE PRADA, VALENTIN, «Historia económica...», p. 204.
- (70) NIVEAU, MAURICE, «Histoire des faits...», p. 85.
- (71) PERKINS, D. y VAN DEUSEN, G., «The United States...», vol. 2º, p. 115.
- (72) *Cit. in* HOFSTADTER, R., MILLER, W. y AARON, D., «The American...», vol. 2º, p. 329.
- (73) *Cit. in* DE NOVO, JOHN A. Y OTROS, «Selected readings...», pp. 188-189. Dejamos constancia de que utilizamos el término «estadounidense» para traducir «american», evitando incurrir en un asimilismo monroista que ya tiene suficientes cultoras.
- (74) BEMIS, SAMUEL FRAGG, «La diplomacia de los Estados Unidos...», p. 411.
- (75) STRONG, JOSIAH, «Our country, its possible future...», pp. 170 y 175. (Citado por DE NOVO, JOHN A. Y OTROS, «Selected readings...», pp. 177-179.
- (76) BURGESS, J. W., «Political science and...», p. 47.
- (77) *Cit. in* WEINBERG, A. K., «Destino manifiesto...», p. 399.
- (78) WEINBERG, A. K., «Destino manifiesto...», pp. 16 y 394.
- (79) Sobre Alfred Thayer Mahan, ver LIVEREY, WILLIAM E., «Mahan on sea power» (Norman, 1947; Univ. of Oklahoma Press) y SPROUT, HAROLD y MARGARET, «The rise of american naval power, 1776-1918» (Princeton, 1946; Princeton Univ. Press).
- Entre las obras de Mahan, mencionemos: «The influence of sea power upon history, 1660-1783» (Boston, 1890), «The influence of sea power upon the French Revolution and Empire, 1793-1812» (Boston, 1892), «The interest of America in sea power» (Boston, 1897), «Lessons of the war with Spain and other articles» (Boston 1899), «The interest of America in international conditions» (Boston, 1910).
- (80) Expresión utilizada por Mahan en su artículo «The United States looking forward», aparecido en la revista «Atlantic monthly» de Diciembre 1890 e incluido como capítulo en la recopilación «The interest of America in international conditions» (1910).
- (81) MAHAN, A. T. «The problems of Asia», p. 30.
- (82) *Cit. in* LOCKEY, JOSEPH B., «Essays...», pp. 52-53.
- (83) BEMIS, SAMUEL FLAGG, «La diplomacia de los Estados Unidos...», pp. 134-135.

## FUENTES

### Archivos

- Archive du Ministère des Affaires Etrangères (AMAE), Paris.  
Archives Nationales, Paris.  
Foreign Office (Public Record Office), Londres.

### Bibliografía.

- ASHMORTH, William — «Breve historia de la economía internacional, 1850-1950». México, 1958; Fondo de Cultura Económica (primera edición en castellano); 273 pp. (Traducción del original, London 1952; Longmans, Green and Company).
- BARRATT-BROWN, Michael — a «A economía política do imperialismo». Rio de Janeiro, 1978; Zahar Editores (primera edición brasileña); 322 pp. (Traducción del original, Harmondsworth 1974; Penguin Books Ltd.).  
— b «After imperialism». London, 1963; Heinemann (primera edición). Segunda edición: Merlin, 1970.  
— c «Imperialism in our era: spheres of economic influence». Artículo en «Spokesman», n° 24, January-february 1973.
- BEMIS, Samuel Flagg — «La diplomacia de los Estados Unidos en la América Latina». México, 1944; Fondo de Cultura Económica (primera edición en castellano); 465 pp. (Traducción del original, New York 1943; Yale University Press, «The latin american policy of the United States, an historical interpretation»).
- BURGESS, John W. — «Political science and comparative constitutional law». Boston, 1890 y 1891, 2 volúmenes.

- BURNHAM, T.H. y Hoskind, G. O. — «Iron and steel in Britain, 1870-1930». London, 1943; Allen and Unwin.
- CAIRNCROSS, A. K. — «Home and foreign investments, 1870-1913». Cambridge, 1953; Cambridge Univ. Press; 252 pp.
- CAMERON, Rondo E. — «Francia y el desarrollo económico de Europa, 1800-1914». Madrid, 1971; Tecnos; 534 pp. (Traducción del original, New Jersey 1961; Princeton Univ. Press).
- CARONE, Edgard — «A República Velha. Instituições e classes sociais». São Paulo, 1972; 2ª edición; Difusão Européia do Livro; 390 pp.
- (CHILE) — «Anuario Estadístico de la República de Chile». Año 1910; XXX.
- CRUCHAGA TOCORNAL, Miguel — «Actitud de Alemania durante la Guerra del Pacífico», in «Boletín de la Academia Chilena de la historia»; Año XVI, nº 40, 1949.
- DAY, Clive — «Historia del comercio». Méjico, 1941; Fondo de Cultura Económica; 732 pp. (Traducción del original, Londres 1907).
- DE NOVO, John y Otros — «Selected readings in american history». New York, 1969; Charles Scribner's Sons; 2 volúmenes, 543 y 532 pp.
- DI TELLA, Guldo y ZYMELMAN, Manuel — «Las etapas del desarrollo económico argentino». Buenos Aires, 1967; EUDEBA; 540 pp.
- ELLSWORTH, P.T. — «International economy, its structure and operation». New York, 1955; MacMillan; 922 pp.
- ENSOR, R.C.K. — «England, 1870-1914». Oxford, 1952; Clarendon Press; 634 pp. (Colección «Oxford History of England»).
- FAUSTO, Boris — «O Brasil republicano, I: Estrutura de poder e economia, 1889-1930». Rio de Janeiro e São Paulo, 1975; Difusão Editorial S. A.; 420 pp. (Volumen 8º de la «História geral da civilização brasileira»).
- FEIS, H. — «Europe, world's banker, 1870-1914». New Haven, 1930; Yale Univ. Press; 469 pp.
- «Foreign capital in Latin America». New York, 1955; United Nations Organization, Department of Economic and Social Affairs.
- FERNS, H.S. «Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX». Buenos Aires, 1968; Hachette-Solar; 521 pp. (Traducción del original, Oxford 1960; Clarendon Press).
- FERRARA, Orestes — «L'Amérique et l'Europe. Le panaméricanisme et l'opinion européenne». Paris, 1930; Les oeuvres représentatives; 291 pp. (Traducción del original en castellano, Paris 1930; Le livre libre; 303 pp.).
- FRIEDLANDER, H. E. y OSER, J. — «Historia económica de la Europa moderna». Méjico, 1957; Fondo de Cultura Económica; primera edición castellana; 684 pp. (Traducción del original, New York 1953; Prentice Hall Inc.).
- HAYES, Carlton — «Una generación de materialismo, 1871-1900». Madrid, 1946; Espasa Calpe; 351 pp. (Traducción del original, New York 1941).
- HEATON, Herbert — «Histoire économique de l'Europe». Paris, 1950 y 1952; Armand Colin; dos volúmenes, 322 y 379 pp. (Traducción de la segunda edición del original, Minnesota 1948).
- HELFFERICH, Karl — «La prospérité nationale de l'Allemagne de 1888 a 1913». Berlín, 1914; Georg Stilke Editeur; (Offert par la Deutsche Bank); 112 pp.
- HOBSON, J. A. — «Imperialism. A study». Londres, 1902; Allen and Unwin.
- HOFSTADTER, Richard, MILLER, William y AARON, Daniel — «The American Republic». New Jersey, 1959; Prentice Hall Inc.; 2 volúmenes, 722 y 723 pp.
- IBARGUREN, Carlos — «De Monroe a la Buena Vecindad. Trayectoria de un Imperialismo». Buenos Aires, 1946; s/ed; Talleres Gráficos Taladriz; 399 pp.
- IMLAH, A. H. — «Economic elements in the Pax Britannica». Harvard, 1958; Harvard Univ. Press.
- JONES, Clarence y DARKENWALD, G. — «Geografía económica». Méjico, 1955; Fondo de Cultura Económica; 722 pp. (Traducción del original, New York 1954, MacMillan Company).
- KOBASTSCH, Rudolf — «La politique économique internationale». Paris, 1913; Giard et Brière; 496 pp. (Traducción del original, Viena, 1907).
- KONDRATIEFF, N. D. — «The long waves in economic life», in «Review of economic statistics», XI, 1935 (Traducción del original de 1926).
- KRAMER, R., D'ARLIN, M. y ROOT, F. — «Comercio Internacional. Teoría, política y práctica». México, 1964; Compañía General de Ediciones S.A.; 731 pp. (Traducción del ori-

- ginal, Cincinnati 1959, South Western Publishing Company).
- LANDES, D. S. — «*Vieille banque et banque nouvelle: la révolution financière du XIXème. siècle*», in «*Revue d'histoire moderne et contemporaine*», t. III, 1956; pp. 204-222.
- «*Technological change and development in western Europe, 1750-1914*», in «*Cambridge Economic History of Europe*», Volumen VI; Cambridge, 1965; Cambridge Univ. Press.
- Lenin, V.I. — «*El imperialismo, novísima etapa del capitalismo. Esbozo popular*». Zurich, 1916.
- LESOURD, J.A. y GÉRARD, G. — «*Histoire économique. XIXème. et XXème. siècles*». Paris, 1963; Armand Colin; 2 volúmenes.
- LEWIS, W. Arthur — «*Theory of economic growth*». Homewood, 1955; Richard Irwin Inc.
- LEWIS, Cleona — «*America's stake in international investments*». Washington, 1938; The Brookings Institution.
- LOCKEY, Joseph B. — «*Essays in Pan Americanism*». Berkeley, 1939; University of California Press.
- LUZZATO, Gino — «*Storia economica dell'età moderna e contemporanea fino al 1950*». Padova, 1952; ed. CEDAM.
- MAILLET, J. — «*Histoire des faits économiques, des origines au XXème siècle*». Paris, 1952; Payot; 362 pp.
- MANCHESTER, Alan K. — «*Preeminência inglesa no Brasil*». São paulo, 1973; Brasiliense; 301 pp. (Traducción del original, Chapel Hill 1933, Univ. of North Carolina Press).
- MARC, Alfred — «*Le Brésil. Excursion à travers ses vingt provinces*». Paris, 1889; D'Argoilo Ferrão; 2 volúmenes: 470 y 614 pp.
- MITCHELLS, B. R. y DEANE, P. — «*Abstracts of british historical statistics*». Cambridge, 1962; Cambridge Univ. Press.
- NARANCIO, E. y CAPURRO, F. — «*Historia y análisis estadístico de la población del Uruguay*». Montevideo, 1939; Peña y Compañía; 259 pp.
- NIVEAU, Maurice — «*Histoire des faits économiques contemporains*». Paris, 1966; Presses Universitaires de France, (primera edición); 579 pp.
- PERKINS, D. y VAN DEUSEN, G. — «*The United States of América. A history*». New York, 1962; MacMillan; 2 volúmenes: 818 y 845 pp.
- PINTO, Anibal — «*Chile, un caso de desarrollo frustrado*». Santiago, 1962; Editorial Universitaria, 198 pp.
- PHILIP, Andre — «*Histoire des faits économiques et sociaux de 1800 à nos jours*». Paris, 1969; Aubier-Montaigne; 607 pp.
- POMMERY, Louis — «*Aperçu d'histoire économique contemporaine, 1890-1952*», Paris, 1952; M. Th. Génin; 2 volúmenes: 421 y 301 pp.
- PETERSON, Harold F. — «*La Argentina y los Estados Unidos, 1810-1969*». Buenos Aires, 1970; EUDEBA; 694 pp. (Traducción del original, New York, 1964).
- QUESADA, Ernesto — «*El peligro alemán en Sud América*». Buenos Aires, 1915; Talleres Gráficos de Selín Suárez; Separata de la «*Revista Argentina de Ciencias Políticas*», tomo IX; 75 pp.
- RIPPY, J. Fred — «*German investments in Latin America*», in «*The journal of business of the University of Chicago*», vol. 21, n° 2, April 1948, pp. 63-73.
- «*French investments in Latin America*», in «*Inter American economic affairs*», vol. 2, n° 3, Winter 1948, pp. 52-71.
- «*The british investment boom of the 1880's in Latin American mines*», in «*Inter American economic affairs*», vol. 1, n° 4, Spring 1948, pp. 71-78.
- «*Investments of the citizens of the United States in Latin America*», in «*The journal of business of the University of Chicago*», vol. 22, n° 1, January 1949, pp. 17-29.
- «*British investments in Latin America, end of 1900*», in «*Inter American economic affairs*», vol. 4, n° 3, Winter 1950; pp. 16-26.
- «*British investments in Latin America, end of 1913*», in «*Inter American economic affairs*», vol. 5, n° 2, Fall 1951, pp. 90-100.
- «*A brisk decade of british investments in Latin America*», in «*Inter American economic affairs*», vol. 5, n° 4, Spring 1952, pp. 36-45.
- «*British investments in Latin America, 1822-1949, A case study in*

- operations of private enterprise in retarded regions». Minneapolis, 1959; Univ. of Minnesota Press.
- RIST, Charles — «Tableaux du commerce international, 1890-1938». Paris, 1939; s/ed.
- ROBINSON, E. A. G. — «The changing structure of the british economy», in «Economic journal», vol. 64, n° 255, September 1954.
- SAUL, S. B. — «Studies in british overseas trade, 1870-1914». Liverpool, 1960; Liverpool Univ. Press; 246 pp.
- SCHIPPEL, M. — «America und die handels vertragspolitik». Berlin, 1905.
- SCHNERB, Robert — «El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea, 1815-1914». Barcelona, 1960; Ediciones Destino, (primera edición en castellano); 720 pp. (Traducción del original, Paris 1955).
- SCHULTZE, GAEVERNITZ, G.V. — «Britischer imperialismus und englischer freihandel zu begin des 20er. Jahrhunderts». Leipzig, 1906.
- SEE, Henri — «Histoire économique de la France». Paris, 1951; Armand Colin, 2ª. edición (la primera es de 1942); 2 volúmenes: 483 y 489 pp.
- STERNBERG, Fritz — «Capitalismo o socialismo?». Méjico, 1954; Fondo de Cultura Económica; 618 pp. (Traducción del original, New York 1951, The John Day Company).
- STOLPER, Gustav — «Historia económica de Alemania de 1870 a 1940». Méjico, 1942; Fondo de Cultura Económica. (Traducción del original, Londres 1940); 262 pp.
- STRONG, Josiah — «Our country, its possible future and its present crisis». New York, 1885; Baker and Taylor.
- THOMAS, B. — «The historical record of international capital movements», in ADLER, J. H. (compilador), «Capital movements»; London, 1967; MacMillan.
- TUROT, Henri — «En Amérique Latine». Paris, 1908; Vuibert et Nony Editeurs.
- U.C.L.A. (LATIN AMERICAN CENTER) — «Statistics and national policy». Los Angeles, 1974; University of California; Suplement n° 3, 1974; 509 pp.
- VALLA, Victor — «A penetração norteamericana na economia brasileira, 1898-1928». Rio de Janeiro, 1978; Ao livro técnico S. A.; 196 pp.
- VAZQUEZ DE PRADA, Valentin — «Historia económica mundial». Madrid, 1964; Rialp (primera edición); 2 volúmenes: 443 y 573 pp.
- WAGEMANN, Ernst — «Estructura y ritmo de la economía mundial». Barcelona, 1937; Labor (segunda edición en castellano); 456 pp. (Traducción del original, alemán, s/f).
- WEINBERG, Albert K. — «Destino manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana». Buenos Aires, 1968; Paidós; 449 pp. (Traducción del original, Baltimore 1939, The John Hopkins Press).
- WHITAKER, Arthur P. — «Las Américas y un mundo en crisis». Lancaster, 1946; Lancaster Press Inc.; 366 pp; Biblioteca Interamericana de la Dotación Carnegie para la Paz Internacional. (Traducción y recopilación de estudios aparecidos en el anuario «Inter American Affairs» de 1942 a 1945).
- WILLCOX, W. F. — «Studies in american demography» (compilador). New York, 1940.
- WINKLER, Max — «Investments of United States capital in Latin America». Boston, 1929; The World Peace Foundation.
- YATES, P. L. — «Forty years of foreign trade». Londres, 1959; Allen and Unwin.